



Frank David Bedoya Muñoz

El biógrafo inexistente de Z
y otros ensayos casi-biográficos

Frank David Bedoya Muñoz

El biógrafo inexistente de Z y otros
ensayos casi-biográficos

CONTENIDO

Prólogo

I El biógrafo inexistente de Z

II La vida en una caja

III Dos biografías distintas y un solo Rulfo verdadero

IV La embriaguez en Estanislao Zuleta y en Juan Rulfo

V Hijo de zapatero

VI Mato a Bolívar y mato a Nietzsche

VII El ser aristocrático de Rodrigo Saldarriaga

VIII Rodrigo Saldarriaga. Una evocación de su transcendencia e intimidad

IX Otra biografía pendiente: Carlos Gaviria Díaz

X Un mundo para Juliana. Breve ensayo sobre la vida humana

Prólogo

Regresé a Medellín. Me he incorporado poco a poco en las dinámicas de nuestra compleja Colombia. Obsesionado con la idea de escribir una novela, descubrí que escribir no era necesariamente un acto de apresuramiento y de fiebre creativa. He aprendido a esperar y a escribir lentamente. Entre tanto, pude presentar un libro de relatos. Y ahora, he pensado retrospectivamente, que sin haberlo planeado, estuve un gran tiempo escribiendo ensayos biográficos y autobiográficos, que quizá revelan otras intenciones, anhelos y dudas, de un autor que a veces juega a liberarse de su “yo”, y que no se cansa de jugar con otros “yoes”, mientras que escribe otra cosa que ya nació, pero que aún se rehúsa a crecer.

He reunido estos ensayos, en un solo libro, que quiero prolongar en el tiempo, para que un día sea de Juliana, y de los amigos que están y los otros que han de llegar.

Frank David Bedoya Muñoz
Junio de 2015

I

El biógrafo inexistente de Z

Era alcohólico y no se avergonzaba por ello. Más aun presumía de su capacidad física para beber aguardiente por varios días seguidos. En cierta parte tenía razón para dedicarse al todo y a la nada de la embriaguez. En una pared de su casa había transcrito el famoso fragmento *Embriagaos* de Charles Baudelaire. En la sociedad fracasada, agotada y caótica en que vivía no había ningún ideal posible para necesitar la calma de la sobriedad. Odiaba el cristianismo, era incompetente en todas las cuestiones del mercado como decía una canción, detestaba el puritanismo de las instituciones llamadas «alcohólicos anónimos», cada vez que pasaba por el lado de ellas, decía para sí: “- Prefiero estar muerto a poner un pie mío ahí”. Total, lo único que podía hacer era beber. Como no tenía herencia tenía que vender su fuerza de trabajo para comprar su licor. Fue mensajero, obrero en una fábrica de cuellos para hacer camisetas, mesero y finalmente profesor. A la larga consiguió graduarse como historiador en una prestigiosa universidad, pero tal título fue tan sólo una perogrullada más.

Se hizo historiador por un amor insospechado por Simón Bolívar. Realizó por cuenta propia y por algunos pequeños contratos algunas investigaciones que le dieron un incipiente prestigio en el difícil mundo de las investigaciones académicas, pero a la larga siempre terminaba ejerciendo el oficio de profesor que era el único que le ofrecía un sueldo «estable».

Por algunos años estuvo tentado en dejar su vida urbana e irse al monte para la guerrilla, pero por puro temor desistió de esa decisión. Lo atormentó por mucho tiempo saber que simplemente era un cobarde más. Qué diría Bolívar de estos aduladores suyos tan gallinas e inútiles. Ganó el temor.

Se volvió un buen cuentero, pero el presumía y decía que era un conferencista, algunas de sus conferencias eran buenas en verdad, le ayudaban para alimentar un poco el egocentrismo, pero poco le ayudaban para su bolsillo pues nunca le pagaban por ellas.

Agarró la costumbre de escribir. Y se dio cuenta que escribía muy mal. Se propuso escribir bien, pero ello le costó bastante tiempo, sus amigos tuvieron que padecer cuanta carajada escribía, por mucho tiempo vivió apenado con ellos,

pero igual les volvía mandar cada cosa que se le ocurría y chapuceaba en un teclado.

Estaba enojado con su país porque nadie quería, y mucho menos, entendía a Bolívar, y en un arrebato temerario decidió irse para Venezuela, se inventó una conferencia que llamó: *¿Por qué en Colombia nunca quisieron a Bolívar?* La conferencia le quedó bastante bien, en tanto que le proporcionó los medios económicos para irse, y luego le sirvió para sostener su aventura en la Revolución Bolivariana. Fue una proeza conseguir alimentación y hospedaje con una conferencia –que por más bien hecha que estuviera-, y sí que lo era... pero en el mundo del capital, alguien que viviera tan solo de unas cuantas palabras era una proeza quijotesca que rayaba con la inconsciencia.

Se ganó un lugar entre los venezolanos, y terminó de asesor político en una empresa agrícola del Estado Socialista y Bolivariano, se hizo muy amigo de sus jefes, pero ellos a la larga nunca le terminaron de hacer caso a un asesor colombiano en temas de izquierda, y mucho menos cuando él les decía sin cansancio que estaban cometiendo los mismos errores burocráticos de la Unión Soviética. «Ese colombiano está loco» y le propusieron veladamente que fuera un burócrata más.

Hace mucho tiempo que había dejado el alcohol, pero no por puritanismo, sino por estrategia de supervivencia, tenía que estar siempre sobrio para llegar hasta donde llegó. Si no hubiera dejado de beber, no hubiera pasado de Amagá.

Cuando se murió Chávez se empezó a desencantar de la revolución, no por las mentiras que esgrimían día a día la derecha, sino porque a su juicio, la revolución entró en un atolladero llamado burocratismo, perdió su paciencia y se marchó. Ahora regresaría a su amada y caótica Colombia.

La aventura venezolana le deparó una felicidad nueva. Se enamoró, se casó y se volvió padre. Ahora encontró un propósito más concreto en su existencia, brindarle felicidad a una bella mujer y a dos criaturitas hermosas. El revolucionario y aventurero se enamoró. Muchos amigos “libertarios” le reprocharon que se hubiera casado, como si eso fuera una evidencia, que a la larga siempre fue un conservador. Él los miró con desdén y con jovialidad les contestó: - "Sí, soy un izquierdoso conservador, y amo a mi familia, egoístas neuróticos de la ciudad".

Ahora después de haber criticado la burocracia socialista, regresó a la burocracia capitalista, “¡vaya! una contradicción más”. Pero él anhelaba regresar a su país. Y

sus hijos ya le obligaban a no estar por el mundo rechazando trabajos porque no se amoldaban a su ideología. Muchos creen que el hecho de ser papá lo hizo madurar. Su padre también lo creía, “es que si no sentaba cabeza ya tan viejo...”

En el fondo él siguió siendo el mismo bohemio, apasionado y aventurero. Siguió anhelando alcanzar un lugar protagónico en la izquierda de su país, y aportar con alguna cosita al tremendo desafío de alcanzar el socialismo en el mundo. También siguió coqueteando con la posibilidad de hacerse psicoanalista, en su fuero interno, parece que Freud le ganó a Nietzsche.

Fuera lo que fuera, el ya estaba inmensamente satisfecho con su ser escritor, con su ser papá, con su ser esposo. Su amor por el ideal de Simón Bolívar para Suramérica siguió intacto. Ya el socialismo, él sabía era una cuestión decisiva no de los anhelos de unos individuos aislados sino de la humanidad, un proceso bastante complejo y enmarañado. En su mente siempre andaba con el Che y con Fidel.

Tan sólo le quedaba una tarea pendiente, escribir la mejor y la más completa biografía sobre Estanislao Zuleta, su identificación con el pensador antioqueño ya venía de tiempo atrás. Incluso llegó a dar algunas conferencias sobre él. Le encantaba recordar que Estanislao Zuleta había nacido un 3 de febrero, el mismo día en que también nació él. Zuleta además fue marxista, nietzscheano y freudiano, y también un bebedor como él. Otro solitario.

Pero ahora su realidad le impedía escribir esa biografía, para hacerla tendría que vivir exclusivamente para ello, por lo menos un año en Medellín, un año en Cali, y otro año Bogotá, pasar horas en archivos y buscar muchas relaciones sociales alrededor de las personas cercanas al pensador del elogio de la dificultad. Pero no tenía ni el dinero ni el tiempo para dedicarse al placer de escribir esta biografía, ya hace muchos siglos dejaron de existir los mecenas, y las becas para escritores como que solo habían ocurrido en el mundo lejano de la ficción.

Por eso ahora también era el biógrafo inexistente de Estanislao Zuleta, que salía muy temprano a la oficina en la Alpujarra, muy majo como rin rin renacuajo y antes de ponerse a bregar con las leyes de la contratación pública de Colombia, se ponía a escribir y a soñar.

II

La vida en una caja

Para ser exactos, no es solo una caja, son diez cajas donde reposan los archivos personales de Estanislao Zuleta en el cuarto piso de la biblioteca de la Universidad de Antioquia.

Cansado de ser el biógrafo inexistente, le robé tiempo al tiempo, y me fui en la tarde-noche a ver, por fin, tales archivos, a antojarme no más, porque sé que no tengo tiempo para la anhelada biografía. De hecho, el tiempo solo me dio para ver la primera caja.

¡Y qué tal que no fuera funcionario público! Si hubiese ido un ser humano normal, «pata en el suelo» como dicen en Venezuela, es decir, sin carnet de la Contraloría General de Antioquia, no hubiera podido pasar de la portería de la universidad. De nada sirve ser historiador egresado de la Universidad Nacional. El archivo está abierto hasta las ocho y cuarenta y cinco de la noche, pero a los visitantes solo les está permitido el ingreso a la universidad antes de las cinco o seis de la tarde. O sea, que dicho de otro modo, un Estanislao Zuleta cualquiera que nunca terminó el bachillerato, en estos tiempos, jamás podría entrar al Alma Máter de la ciudad, a estudiar e investigar sobre la vida de alguno de los eméritos intelectuales antioqueños. ¿A dónde fueron a parar tus papeles Estanislao?

En Venezuela conocí universidades donde no existen muros limítrofes, ni rejas, ni sistemas de seguridad ultramodernos en las puertas; es que de hecho ni había puertas, simplemente la universidad pública se mezclaba literalmente con la ciudad, a una cuadra estaba uno en un mercadillo y a la otra, sin uno percatarse y ya estaba en una facultad.

Pero no quiero criticarle todo a la universidad, en verdad, tienen muy bien protegidos y preservados los papeles del maestro, alguien tiene que hacer ese trabajo.

Yo, entre pues con mi carnet de funcionario público y aprendí como tramitar permisos posteriores.

Confesión: ya va, en menos de un mes, dos veces que utilizo las influencias de mi cargo para acceder más fácil a los archivos personales de mis escritores favoritos,

hace una semana Tomás Carrasquilla, ayer Estanislao Zuleta. ¿Cuándo un «pata en el suelo» podrá acceder al conocimiento, al buen conocimiento, sin tener que pagar una matrícula en el cada vez más privatizado sistema de educación de nuestro país?

Volvamos a la caja.

Lo primero que encontré fue la libreta de calificaciones de Estanislao Zuleta, del Liceo Antioqueño de la U de A. El Alumno Zuleta Velásquez Estanislao solo cursó cuatro años de bachillerato, es decir, en el lenguaje de hoy, solo llegó hasta noveno, después se retiró, pero esa historia ya nos la sabemos.

En primer de bachillerato quedó habilitando Dibujo y Escritura. En segundo de Bachillerato quedó habilitando Inglés e Historia. En tercero de bachillerato quedó habilitando Algebra y Francés. Y en cuarto de bachillerato no habilitó pero porque se fue, porque si no le hubiese tocado habilitar de nuevo Algebra y Francés. Y valga anotar que el resto de las materias las pasó raspado, ninguna con más de tres. Ese fue el historial académico oficial del que se iría a convertir en el intelectual más importante del país, por fuera de la escuela.

Después encontré la partida de matrimonio de la Parroquia Nuestra Señora de la Candelaria del año 1967 cuando se casó con María del Rosario Ortiz. ¿Quién habría hecho casar por la iglesia a ese ateo y comunista?

Luego encontré los papeles notariales de divorcio del mencionado matrimonio.

Y después para gran sorpresa mía, su registro de defunción. La muerte, aquella a la que nunca nos acostumbramos. Fecha y hora de defunción: 17 de febrero de 1990, hora 10:00 pm. Causa del deceso: Infarto del miocardio.

Luego encontré los convenios con las instituciones académicas del país que por fin en algún momento se dieron cuenta que: “El profesor Estanislao Zuleta representa uno de los más importantes valores culturales e intelectuales del país”.

Después pude ver algunas de sus cartas, sus manuscritos, lamenté no haber aprendido a leer y a escribir en letra pegada, porque casi no logré leer. Qué vergüenza. Qué dirían mis profesores de paleografía y diplomática en la universidad. ¡Qué historiadores los de estos tiempos que no logran descifrar siquiera un manuscrito del siglo XX escrito en lapicero con letra pegada, qué haría este sujeto en un archivo colonial!

Pero además Estanislao era muy desordenado para escribir, se nota que unas veces trataba de escribir despacio y le quedaba una bella letra pequeña bien puesta en su sitio, pero la mayoría de las veces, se ve que iba agarrando impulso y velocidad, y las letras se iban espaciando hasta casi convertirse en garabatos, las letras de Estanislao parecen que se fueran volando del papel. Descifré pues algunas cosas, pero me cansé. ¡Ah que biógrafos! a este ritmo. Pensé que menos mal finalmente no iba a hacer la biografía porque si no tendría que pagar a un asistente que me descifrara esta letra.

El tiempo se iba acabando. Iban a cerrar. En la caja solo quedaban unas entrevistas y algunos libros editados ya conocidos, unos artículos de mi viejo maestro Antonio Restrepo sobre Estanislao y las primeras clases de Estanislao Zuleta sobre Platón y Aristóteles.

Una extraña tristeza se apoderó de mí. Tantos periplos de una vida palpitante en Colombia para un infarto del miocardio y terminar en una caja.

Recordé la pregunta perspicaz y desafiante que me hiciera hace pocos días mi maestro Ernesto García Posada: -¿Y para qué quieres hacer una biografía de Estanislao Zuleta? Y después de tanto tiempo de haber quedado esa pregunta en el aire, ayer me respondí: - en verdad, ¿para qué? ¿Para llenar más cajas?

A propósito de cajas, recordé que me quedaban faltando nueve por revisar, y me marché.

III

Dos biografías distintas y un solo Rulfo verdadero

La vida de Juan Rulfo se convirtió en una obsesión para muchos. ¿Cómo fue “exactamente” la vida del creador de *Pedro Páramo*? ¿Son sus cuentos y su única novela los fragmentos de una autobiografía velada? ¿Qué tantas mentiras sobre su vida permitió un autor que al parecer prefería no ser conocido por nadie? ¿Solo vale la pena su obra literaria y en nada interesa su vida privada? ¿Por qué era Rulfo un personaje tan sombrío? ¿Y su alcoholismo? ¿Sus amores? ¿Su extraña relación con la muerte? ¿Por qué no volvió a escribir, o mejor dicho, por qué nunca volvió a publicar después de sus dos creaciones magistrales?

Mi interés por Rulfo es relativamente reciente. Se intensificó mi curiosidad por él cuando decidí empezar a escribir los “Relatos de un intelectual malogrado”. Sus dos obras “*El Llano en Llamas*” y “*Pedro Páramo*” se han convertido para mí -así como para muchos- en un paradigma literario inalcanzable para cualquier mortal. Con gran expectativa y ansiedad emprendí la lectura de dos biografías que se han escrito sobre él. Una, la oficial y única admitida por sus herederos y custodios, “*Noticias sobre Juan Rulfo*” de Alberto Vital (2004), y la segunda que leí, “*Juan Rulfo. Biografía no autorizada*” (2012) de Reina Roffé.

Vital, quién ha tenido acceso a los archivos más personales de Rulfo, realizó una biografía bastante fría, sobria, con inmensidad de datos, pero en una estructura bastante enciclopédica, donde se abstiene de mencionar aquellos aspectos más polémicos de la vida privada del autor mexicano. Personalmente, el listado cronológico que hace, me parece el más impersonal y aburrido de todos los estilos para contar la vida de alguien, tanto así, que casi no terminé de leer este mamotreto de Vital. Uno queda con la sensación que este libro dice mucho pero no dice nada.

Roffé por el contrario logró una proeza, reunir la más copiosa información, basada en diversas fuentes y entrevistas decisivas para hilvanar un relato bastante ameno y completo sobre la vida de Juan Rulfo. Con inmenso respeto y prudencia, Roffé señaló los temas controvertidos como la relación con el alcohol, con los amores y las fibras íntimas de este escurridizo personaje. Después de leer el libro de Roffé uno tiene la sensación de haber estado más cerquita de Juan Rulfo, de un humano demasiado humano, como dijera Nietzsche.

Sin embargo, el Juan Rulfo verdadero no existe, ni en Vital, ni en Roffé, y seguramente, ni en otro par de biografías que se han hecho sobre él y que lamentablemente no las he conocido aún, una de Nuria Amat y otra de Juan Ascencio.

No habrá forma de conocer al Rulfo verdadero, salvo en los dos libros que nos dejó, porque ninguna biografía por más rigurosa que exista, puede recrear completamente a un hombre, con su anhelos, con sus creaciones, con sus gozos y dolores por el mundo.

Cada uno va construyéndose un Rulfo a su medida, según sus necesidades. Por mi parte, ahora vivo con el Rulfo inestable, el Rulfo campesino, extraño en la ciudad, que logró contar con la simplicidad y el hechizo de una escritura diáfana, unos fragmentos de la desdichada existencia de los hombres sobre la tierra.

También será por lo bohemio, que yo me quedo con la biografía no oficial.

IV

La embriaguez en Estanislao Zuleta y en Juan Rulfo

Críticos, comentadores, biógrafos, aduladores puritanos y custodios de opiniones oficiales, tratan de juzgar las vidas y obras de Estanislao Zuleta y Juan Rulfo sin mencionar el gusto que ellos tenían por el alcohol, o reduciendo al máximo el hecho que ellos, además de escribir y de pensar como pocos, también como a muchos les gustaba beber.

No se trata de hacer aquí un elogio al alcoholismo para hacerle contra peso a las condenas puritanas que siempre vienen con un buen grado de hipocresía. Beber en demasía, sabemos, siempre causará problemas con los seres cercanos, con el dinero, con el trabajo, con la salud; eso ni siquiera tiene discusión, pero esa no es la cuestión, cada cual debe encontrar su punto de equilibrio. La sociedad cristiana burguesa condena algunas adicciones pero aprueba otras, y no menos peligrosas, por ejemplo, la adicción a consumir compulsivamente “siempre y cuando se guarde la compostura y se respeten las reglas del mercado”.

Tanto Estanislao Zuleta como Juan Rulfo admitieron que la embriaguez hizo parte de sus vidas. Y lo hacían sin dramatismos. No se entiende por qué sus herederos quieren ocultar esta parte de sus vidas. Ellos en todo eran dionisiacos.

Obsérvese estas dos declaraciones:

“Pienso que en lugar de ponerme a escribir [Pedro Páramo] debí haber ido a emborracharme, cosa que hice cuando terminé la novela; pero viendo los resultados, sigo pensando que mejor hubiera sido agarrar una papalina y dejar en paz a Pedro Páramo. No sé, tal vez fue hasta cierto punto una especie de embriaguez la que sentí mientras contaba ese largo cuento de Comala”. Juan Rulfo.

“Lo único que tiene importancia en mi vida es el pensamiento. No importa cómo haya tenido lugar un pensamiento: si en el alcohol, contra el alcohol o al margen del problema; si en crispada lucha moralista-sartreana contra la «vida imaginaria» o en medio de una fantasía; si en la desgracia, el duelo, el sufrimiento o en la dicha: lo que importa es el pensamiento mismo, su diferenciación y su articulación, su mutación y continuidad. Es esto lo que realmente tiene historia, constituye una historia; todo lo demás, amores, desengaños, períodos de

alcoholismo, borracheras de «acción política» o actividad lúcida con encuentros, con grupos o sin grupos, con amistad (inspiradora) o sin ella; todo es secundario y derivado, es decir, relativo al papel que pueda haber desempeñado en el proceso de pensamiento”. Estanislao Zuleta

Dichosos los seres que lograron convertir su embriaguez en creación.

Ocultarle a estos dos titanes del pensamiento su gusto por la embriaguez, creo que es un favor innecesario y puritano.

Cuántos abstemios hay por el mundo moralizando sin crear nada, o peor aún, acumulando riquezas, prolongando explotación y violencias de todo tipo... eso sí, en mucha sobriedad.

En Estanislao Zuleta y Juan Rulfo de la embriaguez a la creación, luego, de la creación a la embriaguez una vez más.

V

Hijo de zapatero

En las horas de la madrugada, del día 3 de febrero de 1978 -un niño que iba a ser apresurado desde el principio- hizo sentir a su madre los dolores del parto. Ella siempre luchadora y consciente, en lugar de dejarse llevar por el dolor y esperar a que alguien la auxiliara -como era lo más lógico-, decidió levantarse afanada a ayudarle a su esposo a terminar veinte pares de zapatos amarillos, que eran lo único que tenían para costear el alumbramiento de su segundo hijo.

León Bedoya y Miriam Muñoz nunca olvidarán el color amarillo de los zapatos que fabricaron en esa oscura mañana. El niño acelerado no dejó terminar los benditos zapatos y tuvieron que irse para el hospital. El zapatero, siempre amoroso de la vida, no pudo presenciar el nacimiento de su hijo porque tuvo que devolverse a la casa a terminar los veinte pares. Ahora sus dos únicos deseos eran que el niño naciera bien y que le pagaran los zapatos de una vez para poder cancelar la cuenta del nacimiento.

Entre tanto, nacería a las 7 de la mañana un niño que aprendería con el tiempo la fragilidad del mundo, la complejidad de la vida política colombiana, las tragedias de los miles de campesinos que fueron expulsados de su tierra a luchar en la ciudad, a aprender oficios artesanales para encarar la vida con temeridad. Con toda la vitalidad de un campesino antioqueño, liberal, gaitanista, con la nobleza de un campesino agricultor, sin lamentaciones ni quejas por el mundo y sí con mucha gallardía, con la dignidad y la alegría con que se hicieron veinte zapatos amarillos, nació un niño que no aprendió el oficio de los zapatos, pero sí el oficio de pensar y escribir con pasión.

Las letras serían sus zapatos.

A las 11 de la mañana León terminó sus zapatos, fue a entregarlos, y se los pagaron de una vez tal como lo esperaba, se fue dichoso a la clínica por la mujer y por aquel muchachito, que entre zapatos y zapatos por ahí anda escribiendo hoy.

VI

Mato a Bolívar y mato a Nietzsche

Tardé veinte años para comprender la tremenda disyuntiva de Bolívar. Después de librar victoriosamente una guerra con el imperio español, en una proeza que tan solo se puede equiparar con las gestas de Alejandro, Julio Cesar y Napoleón, Bolívar se encontró que después de haber expulsado al último español ahora su lucha era con los colombianos. Sus propios compatriotas, estos que se encargaron muy pronto de acabar su obra con perfidias, traiciones y egoísmos.

Como Bolívar se rehusó a declararle una nueva guerra a sus propios paisanos, murió en la más profunda tristeza y soledad. Ya mucho antes Bolívar había afirmado que “no es justo destruir los hombres que no quieren ser libres”. Una cosa era luchar contra el opresor, otra muy distinta era obligar al propio vecino que no quería la libertad, eso último, era según él, una perversión en cualquier revolución.

¿Qué hacer con los propios compatriotas que no solo se niegan a la revolución sino que ellos mismos encarnan con ahínco los valores reaccionarios de los imperios exteriores? ¿Qué hacer con los hombres y con las mujeres en Colombia que son portavoces y defensores de los valores más reaccionarios, egoístas, capitalistas, en algunos casos hasta fascistas, todos reivindicadores de las más rancias oligarquías hoy expresadas en el santismo-uribismo? ¿Los fusilamos? No se puede. ¿Los transformamos? Creo que no se puede tampoco. ¿Entonces?

Realizar el ideal bolivariano de libertad y unidad es una quimera en las actuales condiciones. Una cosa es luchar con un enemigo externo, otra muy distinta con el enemigo interno. Uno no puede matar a sus hermanos porque piensan distinto a uno. Por ello el ideal bolivariano no se puede alcanzar de ninguna manera de forma armada, esto es un absurdo, una contradicción. ¿¡Ah... que el vecino se volvió paramilitar y mafioso y además está dispuesto a derramar la sangre de sus hermanos!>? Esa ya es otro asunto, lo de ellos es asesinar no pensar ni hacer una revolución. Eh aquí nuestra tragedia, cómo no matarnos entre nosotros, pero además, cómo no dejarnos matar.

Tampoco es dable hacer del pensamiento de Bolívar un evangelio. Pretender que un joven del siglo XXI lea las miles de cartas de Bolívar, sus innumerables biografías, para que luego obtenga una conciencia revolucionaria es un idealismo

de profesor de secundaria enredado y de político delirante que ya raya con el absurdo. Creo que el problema en general de la izquierda, es creer, que su “dogma” debe llegar a las ovejas descarriadas del rebaño. Nadie cambia por consejos o por ilustración. Si no se transforman las estructuras cristianas y capitalistas, poco podemos esperar que surjan revolucionarios, lo inevitable es que los godos se multiplicarán, y los franciscos de Paula Santander, los Lauréanos Gómez, y los Álvamos Uribe Vélez se prolongarán hasta el infinito.

Como no se puede declarar la guerra a los godos de la propia patria. Más bien vale hacer ya el duelo por la muerte de Bolívar. Bolívar ha muerto. Se murió y con él se fueron las esperanzas de una sociedad distinta. Está bien muerto. Idealizarlo no ayuda en nada. Los idealismos nos están alejando de la vida real, vida que está bien complicada y enmarañada en nuestro país.

Bolívar ha muerto. Ahora nos toca a nosotros sin él. Tardé veinte años en comprender.

Igual sucede con Nietzsche. Peter Sloterdik ha sugerido que quienes hemos vivido después de Nietzsche hemos tenido las cosas más fáciles, porque Nietzsche nos dejó advertidos de los tres grandes imperdonables pecados originales de la conciencia: el idealismo, el moralismo y el resentimiento. Efectivamente, Nietzsche fue un espíritu libre, que aportó a la humanidad, las razones necesarias para liberarnos de todo eso. Después de él, ningún ideal, ninguna moral, ningún resentimiento puede arrogarse el derecho de tener la verdad. Pero Giorgio Colli también advirtió: “ahora que todos los tabúes han sido superados, ridiculizados, sólo queda eliminar la hipocresía. Pero la hipocresía es el último baluarte donde la fuerza de la moral, rastreada por todas partes, ha encontrado refugio”.

Los católicos y los evangélicos, que son mayoría en el mundo occidental, se empeñan desesperadamente por imponer sus representaciones religiosas, sus ilusiones, sus dogmas. El mundo en que vivimos es aun profundamente, estructuralmente, cristiano.

Los ateos no podemos ser “evangelizadores” de un ateísmo. Cada ateo ha luchado por su libertad, y de la mano de la ciencia o de la filosofía ha encarado al mundo con sus enigmas, con el azar de la existencia, y ha recobrado una genuina y nueva inocencia del devenir. Los ateos somos una minoría y no nos interesa ir por el mundo “liberando” a nadie de sus propias cadenas ni de las cruces que tanto les gustan cargar.

¿Puede existir una visión nietzscheana del mundo? Sí, pero para pocos. Los más grandes filósofos del mundo en el siglo XX han sido nietzscheanos y muchos más vendrán en el futuro. Hay un antes y un después de Nietzsche, poco a poco, se hará evidente esto, pero no hace falta, ni es deseable, hacer una campaña nietzscheana, sería una contradicción.

“¡Alejaos de mí y guardaos de Zaratustra! Y aun mejor: ¡avergonzaos de él! Tal vez os ha engañado. El hombre del conocimiento no sólo tiene que poder amar a sus enemigos, tiene también que poder odiar a sus amigos. Se recompensa mal a un maestro si se permanece siempre discípulo. ¿Y por qué no vais a deshojar vosotros mi corona? [...] ¿Decís que creéis en Zaratustra? ¡Mas qué importa Zaratustra! Vosotros sois mis creyentes, ¡mas qué importan todos los creyentes! No os habíais buscado aún a vosotros: entonces me encontrasteis. Así hacen todos los creyentes: por eso vale tan poco toda fe”.

Sin darme por enterado me fui convirtiendo en un evangelizador de Nietzsche. Ahora me avergüenzo por ello. Ser nietzscheano es una condición que obliga a renunciar a la pretensión de querer transformar a las mayorías. Con Freud comprendimos que probablemente la religión siempre terminará imponiéndose, no hay otra forma para que subsistan las masas. A lo sumo, los ateos lo que podemos hacer, es luchar, es hacer respetar nuestra interesante incredulidad.

A nadie le quitaré su Dios. Que me respeten que yo viva feliz sin dioses.

He dedicado mi vida a la enseñanza de las vidas y obras de Simón Bolívar y Friedrich Nietzsche. Seré hasta que me muera bolivariano y nietzscheano. Pero ahora que me acerco a los cuarenta años, comprendo que ya es hora de abandonar a los fantasmas.

Con este difícil y extraño escrito los he matado en mí. Estoy haciendo un doble duelo. Hay que proseguir.

VII

El ser aristocrático de Rodrigo Saldarriaga

Muchas letras tendrán que escribirse para nombrar la vida y obra de Rodrigo Saldarriaga en todas sus múltiples facetas, proezas y profundidades.

Yo quisiera –hoy lo confieso- en algún momento hacer la biografía de Rodrigo, la más completa biografía que deje entrever su periplo vital, su ser revolucionario, su ser creador, su amor a las alturas del pensamiento.

Por el momento, en medio del dolor y de la distancia, hoy quiero ofrecer una caracterización sobre su ser aristocrático.

Dado que la palabra aristocracia causa tantos equívocos entre los hombres modernos voy a utilizar una definición que formulé años atrás sobre este concepto y que puede ser el marco esencial para ponderar la esencia del gigante del Pequeño Teatro.

Rodrigo siempre se reía cada vez que yo le decía que él era el único aristócrata de verdad que yo había conocido de carne y hueso, pues que los demás sólo los había encontrado en los libros.

Nietzsche habla de una nueva nobleza. Esta nobleza no se puede comprar, no es una oligarquía burguesa del mundo moderno: “En verdad, no una nobleza que vosotros pudierais comprar como la compran los tenderos, y con oro de tenderos: pues poco valor tiene todo lo que tiene un precio”. No se trata de una nobleza hereditaria, pues no importa el lugar de origen, sino hacia dónde se va, cómo se supera el hombre a sí mismo: “¡Constituya de ahora en adelante vuestro honor no el lugar de dónde venís, sino el lugar adonde vais! Vuestra voluntad y vuestro pie, que quieren ir más allá de vosotros mismos, - ¡eso constituya vuestro nuevo honor!” Un aristócrata, en tanto que crea valores. Una aristocracia del saber, del arte, de anticipación al futuro. En definitiva, un aristócrata, que no es un monarca que vive de privilegios heredados sin hacer ningún esfuerzo, ni un burgués moderno egoísta y ambicioso. No se puede confundir este concepto de aristocracia con las modernas oligarquías burguesas. Se trata de una cuestión de altura, de arte, de conocimiento, de los pensamientos más profundos, se trata una elevación humana.

Rodrigo era un sibarita, un hombre de arte, cuya vida misma fue una exquisita obra de arte. Un seductor empedernido. Sabía de los placeres del mundo sin hacer ostentación de la vida trivial del mundo burgués. Un día me dijo que sólo gustaba de vinos y carne, no quería tragos fuertes, prefería siempre la misma cerveza que tomaba en cantidades enormes, también decía que casi no dormía y cuando uno compartía con él sabía que todo aquello era cierto. Amaba la noche, amaba a la mujer bella. Amaba la conversación inteligente, espontánea, era un experto en hablar, en narrar historias con una galanteo lleno de picardía. No gustaba de lujos y propiedades, lo suyo era el vivir bien, con aplomo, jovialidad y gusto por la vida. Rodrigo era la muestra de la más alta nobleza, entendiendo la nobleza, no por la casta de apellidos, sino por la más alta superación de la vida en un ser humano que se hizo de tremendas batallas en la política y en el arte. Fue un espíritu libre. Por ello estaba muy por encima de gentes y cosas, y aun así, no olvidaba que era un hombre de pueblo, sencillez y grandeza era el secreto de su personalidad.

Yo no me pregunto tanto de dónde venía Rodrigo sino hacía donde se dirigía siempre, y la respuesta es clara, Rodrigo siempre tendía sus anhelos hacía las alturas del pensamiento, hacia la elegancia de la veracidad, hacia el gozo de la creación; Rodrigo hizo realidad con su vida aquella máxima del joven Nietzsche de la Tragedia, “sólo como fenómeno estético está justificada la existencia”.

Rodrigo fue un aristócrata, en tanto que creó valores, extrajo del mundo lo mejor de sí, varias generaciones aprendimos de su amor a la aventura. En la despedida que me regaló antes de partir a Venezuela, me dijo unas palabras que retumban en mi cabeza, “Ándate, que en la aventura está la verdad”.

No he dicho nada sobre el ser político de Rodrigo, quizá mucho de su ser aristocrático de indicaciones para entender al Rodrigo político, que también en este campo fue un fascinador. Hablar del compromiso político de Rodrigo con Colombia es un trabajo que requiere tiempo y concentración, es una gran parte de la historia de la izquierda en Colombia. Yo no tengo hoy los materiales para decir todo lo que significó Rodrigo para la izquierda.

Estoy atado a un recuerdo, a su palabra, a su mirada. Ahora no consigo decir nada más. Quizá tan sólo por el momento para sustentar mi opinión:

Rodrigo Saldarriaga era un aristócrata en tanto que siempre permaneció dueño de cuatro virtudes: el valor, la lucidez, la simpatía y la soledad.

VIII

Rodrigo Saldarriaga. Una evocación de su trascendencia e intimidad

No puedo decir que yo haya sido parte de los mejores amigos de Rodrigo Saldarriaga, ni de las personas que estuvieron a su lado durante todas las batallas que libró en el teatro o en la política. De hecho lo conocí en los últimos diez años de su existencia, cuando ya él había logrado muchos de sus sueños –valga aclarar que hasta el último de sus suspiros nunca dejó de soñar-. Lo que si estoy seguro es que obtuve de él un afecto genuino, y en los pocos espacios que pudimos compartir, disfrutamos mucho de nuestras conversaciones, celebramos una amistad que se fue fortaleciendo cada día más, hasta que yo me marché.

Acabo de leer su libro: “Tercer timbre”, antes había leído, o había escuchado de su propia voz, muchas de sus historias apasionantes, pero siempre las había conocido fragmentariamente. Cuando se leen todas juntas, reunidas en una obra, uno se da cuenta de una totalidad y de una coherencia vivencial extraordinaria; pocas veces se encuentra uno a un hombre con una conexión tan precisa de lo que piensa con lo que hace. Así era Rodrigo Saldarriaga, sabía quién era y hasta donde llegaría. Con una clarividencia, que sólo la realidad de lo que consiguió, nos impidió decir que sólo fue un soñador; estamos obligados a decir, que era un realizador de sueños.

Un día escribí sobre su ser aristocrático, ahora quiero avanzar un poco más, sobre su trascendencia y algo de su intimidad, la poca que percibí yo.

Trascendencia.

Rodrigo Saldarriaga significó en vida y significará después de su muerte una importancia fundamental en el teatro. Serán los actores que lo conocieron y los que hereden su legado, los que podrán evidenciar esto. El teatro como expresión íntima de la condición humana, para comprender, tramitar los placeres y las tragedias de la existencia, encontró en Rodrigo Saldarriaga, uno de sus mejores exponentes. Me atrevo a asegurar que las generaciones que nos sobrevendrán, reconocerán que Rodrigo Saldarriaga ocupó un lugar no menor en lista de los grandes del teatro universal. Su legado apenas comienza, cada vez más, un ascenso hacia el reconocimiento del mundo artístico. Rodrigo nació para triunfar,

para actuar, para danzar, para pensar, para disfrutar, y su lugar en la memoria colectiva, ya está asegurado.

Rodrigo luchó incansablemente con una sociedad decadente, reaccionaria, utilitarista. Del fango de la ambición por el dinero, las mafias y las oligarquías, surgió un hombre revolucionario, lúcido, jovial que frente a toda la inmundicia, y a partir del teatro, demostró que en la vida también existía la gracia, el arte, la sensualidad, el gusto, la altura del pensamiento. Fue un político controversial y radical, que no dejaba tranquilo ni a sus camaradas ni a sus oponentes. Era un provocador, pero que provocaba con la verdad desnuda y con la inteligencia. Era -como un día se lo dije-, en el arte y en la política el primero o el último aristócrata de esta timorata y envilecida sociedad. Ahora, es tarea de las personas despiertas y de los portadores de su legado, prolongar su memoria, su vida y su obra. Y como a él le gustaba decir, el teatro no se acabará; y ahora agrego yo, mientras que el teatro exista, la memoria de uno sus mejores prototipos, nunca acabará.

Intimidad

Cuando trabajé como maestro de historia en la Escuela de Actores del Pequeño Teatro tuve más ocasiones para conversar solo con él, y por tiempos más prolongados. Casi siempre terminábamos hablando del mismo tema: la decadencia política y cultural de la sociedad, hablamos desde varios enfoques, la historia, el arte, la política. Yo era el que preguntaba más, porque él era el maestro de la vida. Yo, apenas un joven nervioso, lleno de libros y teorías en la cabeza, pero que nunca había salido a la calle, a la aventura, como sí lo había hecho él. Por mucho tiempo conversamos sobre el retroceso de la humanidad en el mundo del capital.

Rodrigo como Germán Arciniegas y como José Fernando Ocampo, no era para nada bolivariano, y de hecho, muchas veces trató de convencerme de leer, a varios intelectuales anti-bolivarianos. Finalmente se reía y decía que yo era un enfermo incurable por mi amor desbocado por el Libertador.

En cualquier conversación Rodrigo incitaba a pensar en la profundidad de lo humano, y cuando estaba más seguro de algo, abría sus ojos claros de lobo, y hablaba como si su voz proviniese de los rayos.

En la bohemia era también un seductor. Un amador incansable de la vida. Recuerdo especialmente, las noches de la campaña a la gobernación de

Antioquia. Íbamos pocos amigos a tomar cantidades increíbles de cerveza, generalmente buscamos la soledad de las madrugadas en Pequeño Teatro, siempre nos quedábamos conversando los más trasnochadores, y el más trasnochador era él. En otras ocasiones salíamos a otros lugares de la ciudad, casi siempre llevaba puesto un gabán, negro o café claro. Su presencia era ineludible para los desprevenidos bailadores o tomadores de la noche que se sorprendían al encontrarlo. Ya muchísimas personas lo conocían por el teatro, y ahora más por su candidatura. Nosotros parecíamos guardaespaldas de él. Aunque no lo éramos estrictamente, pero estoy seguro que siempre lo estábamos cuidando en la embriaguez, sabiendo además que él no lo necesitaba.

Amaba a las mujeres, era un verdadero galán. Un noche yo me iba arrepintiéndome cuando le presenté una bella y joven muchacha que yo aspiraba conquistar. Él podría ser su abuelo, pero si no es porque el recorrido que hicimos en ese momento fue corto, con su galanteo y su conversación hubiese terminado sobrando yo. En otra noche, me conmovió hasta lo indecible, estaba realmente despechado por una mujer, habló con ella por celular tiempos extravagantes como el más adolescente de los adolescentes. Terminó devastado como si lo hubiera echado Afrodita en persona. Por varias horas hicimos, con una amiga que teníamos en común, el duelo con él. Luego sorprendentemente, después de muchas cervezas, ya casi al amanecer por completo la había olvidado y se puso igual o más rozagante y vital, así como siempre acostumbraba estar él.

Cuando hago mención de algunos detalles de su intimidad, es decir, de lo más humano, lo más sensible de su carácter, en los pocos momentos que compartí con él, lo hago sólo para mostrar un matiz más de su increíble personalidad. En todo momento, en lo público y en lo más privado siempre fue igual. Un apasionado. Yo espero, algún día, poder ser su biógrafo, para eso falta mucho, conocer mucho más, escuchar muchas historias que no se han contado. Pero desde ya, creo que conocí lo más humano que tenía Rodrigo Saldarriaga: su insaciable voluntad para conquistar el mundo, ya fuera conquistar a un político, a un amigo, a un auditorio o a una mujer. Rodrigo era un conquistador.

Ahora que he terminado de leer su “Tercer timbre”, recuerdo, como él jugó un papel fundamental en mi decisión de irme del país. Estaba en verdad alterado por las múltiples dificultades que pasábamos los intelectuales en la sociedad, en especial los profesores como yo, los intelectuales que no recibimos respeto y valor, ni un lugar digno en la sociedad de mafiosos y politiqueros detestables que tenemos; las dificultades que vivimos los que no nos doblegamos como borregos porque siempre defenderemos nuestra independencia y nuestra originalidad. Creo que él, recordó muchas de sus partidas dolorosas, cuando muchos sectores

reaccionarios se interponían en su sueño de hacer teatro, y me dijo con su voz de rayo: “Ándate que en la aventura está la vida”. Y yo me fui, para renacer.

Cuando regresé ya no estaba él, se había ido, pero sólo físicamente.

Pero su esencia, su voz, su mirada, su gesto lúcido e imperioso, sus pensamientos; todo lo que fue él, ahí en Pequeño Teatro, en todas nuestras mentes, todavía está; y creo que mientras sigamos viviendo intensamente como él lo hizo, Rodrigo Saldarriaga, en nosotros siempre estará.

IX

Otra biografía pendiente: Carlos Gaviria Díaz

El biógrafo inexistente de Z -mucho antes de irse para Venezuela tras la búsqueda de Chávez- le dijo a Jorge Gómez y a Rodrigo Saldarriaga que tenía un deseo inmenso de escribir la primera biografía del maestro Carlos Gaviria, y les rogó a los dos que fueran los patrocinadores –en el sentido amplio de esta palabra patrocinar- de este ambicioso proyecto. Ellos no sólo dijeron que sí, sino que manifestaron un gran interés por esta idea. En tanto que ellos amigos personales del maestro todo sería más fácil.

Pasaron los días, y ellos tan diligentes hicieron las primeras exploraciones del tema, incluso Jorge Gómez, consiguió el beneplácito de la esposa de Carlos Gaviria, quién si mal no recuerdo, le manifestó a Jorge que “el proyecto estaba muy interesante, pero quizá, -ella pensaba- quién se opusiera fuera el mismo Carlos Gaviria”, por su genuino interés de no hacer apología del egocentrismo.

Creo que el maestro no llegó a enterarse siquiera de este propósito.

El biógrafo inexistente de Z marchó para Venezuela y se olvidó de este proyecto. Se le olvidó hasta la noche del 31 de marzo de 2015 cuando se enteró de la muerte de Carlos Gaviria. ¡Otra muerte! Cuando no se ha acabado de reponer todavía de las muertes recientes de Hugo Chávez y de Rodrigo Saldarriaga, llega la muerte dolorosa del maestro de la estética, la ética, y la política en Colombia: Carlos Gaviria Díaz.

El biógrafo inexistente de z, escribe triste por la muerte del maestro y porque quizá él también se convierta ahora, no solo en el biógrafo inexistente de Z, sino también en el biógrafo inexistente de S, y ahora también, en el de G.

X

Un mundo para Juliana - Breve ensayo sobre la vida humana

Estamos en este mundo. No sabemos por qué estamos aquí. Además no sabemos por qué el mundo existe. Por los arduos caminos de la ciencia hemos averiguado algunas características del universo, tampoco sabemos por qué apareció el universo, o si antes de su existencia no había absolutamente nada. Más o menos sabemos cómo «funciona» nuestro sistema solar. Ignoramos tanto sobre la existencia de las cosas y los seres, que nos asombra la prepotencia de algunos seres humanos que creen saberlo todo.

Capacidad de contemplación y asombro, voluntad de saber y mucha prudencia es lo que te aconsejo Juliana.

Cuando te escribo estas palabras a penas tienes un año de vida, falta mucho para que puedas leer este pequeño escrito que te regala papá. No hay afán, llegará el tiempo en que puedas comprender estas ideas. Por el momento, en este instante, debes estar correteando, riéndote y explorando todos los cajones que encuentras en la casa. Ya tienes una afición, buscar cosas en los cajones. Explorarás el mundo. Amarás el saber, la vida te otorgó grandes y bellos ojos para ello.

La mayoría de los seres humanos -por el estado de la cultura que se ha acumulado en varios milenios de ensayos de sociedades en el mundo- piensan y entienden la existencia como la creación de un ser divino que dispuso y ordenó todo lo que somos y vemos alrededor, un dios que creó todo: los hombres, las cosas y el universo. Un dios que protege a los seres humanos y que decide su destino. Para las personas que creen en este dios creador de todas las cosas, todo se resume en que ese ser divino es el que sabe para qué nos puso aquí y cuál es el sentido de la existencia. No hay que pensar mucho más allá, sino regocijarse porque no hay que pensar nada y dejarse guiar por la fe, en una explicación mística de la vida. “Si dios quiere”, “gracias a dios, o “dios proveerá”..., escucharás infinidad de veces estas expresiones y terminarás creyéndotelas. De hecho te tocó una mamá bastante católica, que vive muy agradecida con dios porque tú existes, bella muchachita.

Una minoría de los seres humanos somos ateos. No creemos en ningún dios o fuerza divina. Algunos más eruditos gustan decir que son agnósticos, dado que – sostienen- no se puede demostrar racionalmente la existencia de dios, ni

demostrar racionalmente la inexistencia de dios, entonces son agnósticos. “Agnosticismo: Actitud filosófica que declara inaccesible al entendimiento humano todo conocimiento de lo divino y de lo que trasciende la experiencia”. Agnósticos, sencillamente que no se meten en el problema de la existencia o la no existencia de dios. Yo prefiero ser ateo. “El término ateo etimológicamente deriva del latín *athēus* y este del griego *ἄθεος*, que significa sin dios(es)”. Ateos, es decir, lo que vivimos sin dioses. O sea negamos la existencia de dios, pero no nos interesa demostrar su inexistencia. De hecho aceptamos que existe tan sólo como ilusión simbólica de la mayoría de los seres humanos, y declaramos que esta creencia es perjudicial. Nosotros los ateos negamos a dios, no solamente porque no exista, sino porque la creencia en él le ha hecho mucho daño a la humanidad. Juliana te ha tocado como padre, alguien que dice como Zaratustra: “Yo soy Zaratustra el ateo y ando buscando alguien más ateo que yo para aprender de él”.

Ser creyente o ser ateo, no es un asunto fácil de elegir, como quien elige ser deportista o cantante. No es una decisión de ponerse o no un vestido. Es algo muy complejo porque lo heredamos de las tradiciones culturales de las sociedades en que nos tocó vivir. Tu madre cree en el dios de la iglesia católica apostólica y romana, y seguramente tú serás incorporada en la visión del mundo que sale de allí. Tu padre es ateo, de los ateos más radicales, y amante profundo de los enigmas de la filosofía y la ciencia. De esta mezcolanza que te ha tocado, no sabremos qué será de ti. Tu mamá me lleva ventaja, para cuando puedas leer estas palabras, ya habrás hecho la primera comunión católica y hasta la confirmación, sacramentos de esta religión. Yo no quiero imponerte, bella Juliana, que seas atea, el ateísmo no se impone. Con mi forma de vivir te lo manifestaré de algún modo. Para ser un hombre o una mujer libre sin dioses hay que leer mucho y vivir muchas cosas.

Así como no existe justicia divina, haciendo un balance de la historia humana, la justicia de los hombres parece que tampoco existiera. Llegas a un mundo, pequeña Juliana, donde predomina una ambición desmedida por la acumulación del dinero. Vivimos en un mundo de comerciantes y mafias financieras. Existe una minoría dueña del capital, y la mayoría de los seres humanos están veladamente esclavizados, porque lo único que tienen de valor son sus propios cuerpos, y tienen que vender la fuerza de su trabajo. Siempre bajo cualquier forma del capitalismo un poderoso le está robando tiempo y energía corporal a miles de trabajadores.

Tu padre, luego lo sabrás, toda la vida fue un apasionado por la vida y obra de Simón Bolívar, (bolivaré como decía tu hermano Emmanuel a sus dos añitos)

muchas de la pinturas que decoran nuestra casa, serán tuyas en algún momento. Simón Bolívar es el héroe de nuestras tierras, nos legó dignidad e independencia. Pero su deseo de una América Latina unida aún no se ha concretado, ignoramos que podrá haber pasado en nuestro continente cuando puedas leer estas palabras. Pero desde ya te digo que tienes como tarea leer como mínimo cuatro biografías, para que puedas comprender el devenir latinoamericano, la vidas de Simón Bolívar, del Che Guevara, de Fidel Castro y la de Hugo Chávez. A lo mejor no quieras leerlas. Todo depende de los intereses y los ideales que hayas fundado.

Además, Juliana amada, aunque naciste en territorio venezolano, lo previsto es que te críes como colombiana. Te tocará crecer en Colombia, uno de los países más complicados del planeta. Nuestra desdichada patria desde sus inicios ha padecido innumerables guerras por la inequidad en la repartición de la tierra. Al campesino y al obrero siempre lo han desplazado, explotado y asesinado. Colombia ha tenido el conflicto armado más largo en todo el continente, ojalá para cuando leas esto, la violencia en Colombia, solo sea una información de la enciclopedias, y no una realidad como la que nos ha tocado padecer durante tantos años. El mundo colombiano al que llegaste es un mundo lleno de injusticias sociales y lleno de mafias y oligarquías que aún siguen haciendo mucho daño.

Tu padre ha sido un hombre de izquierda radical. La izquierda en Colombia no ha tenido las cosas fáciles, por una parte nos han asesinado muchos compañeros, y por otra parte, entre nosotros mismos, los hombres y mujeres de izquierda hemos peleado mucho. Lo esencial que te puedo decir, es que la humanidad tiene un ideal que perseguir, so pena de la destrucción a que nos conlleva el capitalismo. Este ideal, Julita, se llama socialismo. No te voy a poner a leer todas las obras completas de Marx, eso ya sería el colmo de mi parte, pero sí quiero que medites sobre esto. Todos los intentos que ha hecho la izquierda para alcanzar el socialismo han sido válidos, sin embargo, hasta el momento, el socialismo como tal, -una conciencia- no se ha alcanzado aún. Existió en el siglo XX un potencia que se llamó la URSS, pero cometieron muchos errores; el objetivo fundamental del socialismo, que es crear un orden social, donde no predomine la propiedad privada, sino la propiedad colectiva, la distribución equitativa del trabajo y de la riqueza, se ha extraviado, porque ha predominado una forma estatal que ha devenido en autoritarismo y corrupción, sin embargo, el ideal de socialismo y la consolidación de un genuino poder popular, aún es una meta muy anhelada. Fidel Castro, el Che Guevara y Hugo Chávez hicieron gigantes avances en este proceso que aún no ha terminado. Tú, bella Julianita, por ejemplo, naciste de una aventura que emprendió tu papá buscando la revolución bolivariana.

Al igual que la religión, no es mi interés imponerte mi visión política, sólo te enseñaré a leer y te daré las herramientas para que puedas interpretar el mundo político que te rodea. Algunas personas me dicen que quizá a ti no te guste la política, pero yo tengo la intuición que me indica que sí te gustará. Emmanuel será un hombre de ciencia y tú, Julita, serás una bella mujer, filósofa y política.

Sea lo que sea, tienes que comprender que al mundo que has llegado no es una cantera de felicidad, quiero regalarte esta lúcida exhortación de uno de mis filósofos preferidos: Michel Serres:

“Debemos conocer nuestra finitud: llegar a los límites de un ser no infinito. Necesariamente, tendremos que sufrir, enfermedades, accidentes imprevisibles o carencias, debemos fijar un límite a nuestros deseos, ambiciones, voluntades, libertades. Debemos preparar nuestra soledad, frente a las grandes decisiones, a las responsabilidades, a los otros que crecen en número, al mundo, a la fragilidad de las cosas y de los próximos que hay que proteger, a la felicidad, a la desgracia, a la muerte. Ocultar esa finitud desde la infancia engendra infelices, alimenta su resentimiento ante la inevitable adversidad. Al mismo tiempo, debemos aprender nuestra verdadera infinitud. Nada o casi nada resiste al entrenamiento. El cuerpo puede hacer más de lo que uno cree, la inteligencia se adapta a todo. Despertar la sed insaciable de aprendizaje, para vivir lo más posible de la experiencia humana integral y de las bellezas del mundo, y proseguir, algunas veces, por la invención, ese es el sentido de zarpar. Esos dos principios se ríen de las directrices que guían la crianza inversa de hoy en día: estrecha finitud de una instrucción que produce especialistas obedientes o ignorantes llenos de arrogancia; infinitud del deseo, que droga a muertes pequeñas larvas blandas. La educación forja y refuerza un ser prudente que se considera finito; la instrucción de la razón verdadera lo lanza a un infinito devenir. La Tierra fundamental es limitada; la maniobra de salida que parte de ella no conoce fin”.

El mundo al que llegaste, Juliana, es muy difícil, porque la humanidad aún no ha llegado a un estado de conciencia donde se comprenda a cabalidad que la vida en la tierra es muy frágil y que el ideal es construir felicidad colectiva, no una felicidad efímera para unos pocos, excluyendo a los demás. La humanidad nunca estará bien si deja tan sólo a uno de sus seres humanos aguantando hambre. Y hay millares de personas aguantando hambre, porque el sistema capitalista siempre privilegiará la miseria extrema de las mayorías y la riqueza extrema de una minoría. La caridad cristiana ha hecho mucho daño porque prolonga la pobreza hasta más no poder. El mundo requiere un cambio de valores, para que se pueda alcanzar más equidad. Como te decía antes, Julita, no se vislumbra otra

forma que no sea el socialismo. El capitalismo ya demostró que solo produce muerte, la acumulación fugaz de unos pocos, al costo del sufrimiento de muchos otros.

Sin embargo, a pesar de este duro panorama de la humanidad, bella Juliana, existen muchos motivos para estar realmente felices. Ya tú misma sin saberlo, y tan chiquita como estás en estos momentos, eres un ser colmado de alegría y amor. Y esa alegría y ese amor que tú encarnas se pueden multiplicar miles de veces más. Sólo es necesario tener la conciencia política y la voluntad para afirmar la vida y transformar el mundo para que exista más goce y menos dolor. Pero para todos, Juliana, para todos, si la felicidad social no es para todos, las cosas seguirán estando mal. El ideal que se persigue hoy, de felicidad individual extremadamente narcisista es una talanquera que conduce a grandes abismos. Solo la felicidad colectiva es duradera y digna de ser alcanzada. Un mundo para ti, Juliana, no puede ser sólo un mundo para ti, sino un mundo para todos.

Estuve tentado en decirte que la felicidad está en la literatura. Yo la encontré en Marcel Proust, en Juan Rulfo, por solo mencionarte dos de mis muchas pasiones literarias, pero ahorita mismo dudo si esconderse individualmente en los libros como lo he hecho yo, sea una virtud propiamente, quizá es un rincón más para darle la espalda al mundo. Yo encontré la felicidad en los libros. Y mi mayor anhelo en estos momentos es escribir una novela que me ha dado mucha lidia; espero que cuando leas esto, esa novela ya sea un clásico. Pero Julita, no sé si sea conveniente sugerirte que seas una ratoncita de bibliotecas como tu papá, mejor, tú, sal a correr y a caminar.

Un mundo para ti, Juliana, no es aceptar el mundo que hasta ahora hemos construido los seres humanos, porque el mundo tal como está hoy, nos ha quedado bastante mal. Llevamos mal contados veintiún siglos en una espiral de guerras extravagantes e infames. Incluso con el peligro real de destruir todo el planeta y con esto, no solo acabar la vida humana, sino todas las formas de vidas, -que no por gracia de ningún dios sino por un azar magnífico de la existencia- aparecieron y se prolongaron siempre buscando la vitalidad en este planeta.

Juliana, cuando escribo estas palabras no sé qué rumbos tomarán nuestras existencias; temo mucho por el mundo que tenemos, pero una forma de luchar contra el temor y sacarlo de nuestras vidas, es afirmar la vida inventando nuestro futuro, y en una parte de mi futuro, bella Juliana, tú estarás leyendo estas palabras de papá, con el corazón palpitante como ahora lo tengo yo por vos.